

EL PUZZLE

"Atab" 2n Bat

Todo comenzó aquel día, un 7 de abril ¡Ay ese 7 de abril... Nunca habría pensado lo que podría llegar a ocurrirme pero... en fin, os contaré mi historia.

Me levanté como un día cualquiera, tenía la familia perfecta, la vida perfecta e incluso las aficiones perfectas. Tocaba el piano y la guitarra española, además llevaba desde los 6 años estudiando danza clásica. Los tres últimos en el Real Conservatorio Profesional de Danza Mariemma.

Tras levantarme, asearme, vestirme y prepararme la mochila para ese día, me dispuse a emprender mi camino hacia la escuela, pero algo no iba bien, no sabía muy bien explicar qué era, pero sabía que algo no estaba ocurriendo como debería.

Normalmente, de camino, me cruzo con mi vecina Pepi paseando a su chihuahua color canela. Más tarde, tras cruzar el paso de peatones paralelo a la calle del ambulatorio, me encuentro con Antonio, el vendedor de la ONCE. Pero ese día, el perro de Pepi empezó a ladrarme, y Pepi al observarme tenía una mirada melancólica, como si se apiadara de mi.

No le di mayor importancia y proseguí mi camino. Al cruzarme con Antonio, se volvió a repetir la mirada melancólica, pero esta vez a parte de observarme, preguntó:

- ¿Estás bien? No tienes buena cara
- Sí, ¿pasa algo? ¿Tengo algo en la cara?
- No, es simplemente... Nada, serán imaginaciones mías

Lo miré extrañada pero decidí no pensar mucho en ello, realmente la gente tenía ese día un comportamiento extraño conmigo.

Llegué a clase y, de repente, encontré una pequeña pieza en mi mesa mientras sacaba mis cosas de la mochila, me resultaba realmente familiar pero no lograba identificarla. Acto seguido apareció la profesora Sanir y comenzó a repartir exámenes al igual que hacía cada semana. Una vez me entregó el mío no podía creerlo, ¡un 9! ¡Simplemente un 9! ¡No me había sentido tan avergonzada en mi vida! Cuando terminó la clase la profesora me dijo que quería hablar conmigo, a lo que accedí amablemente, a pesar de las ganas tremendas de llorar que tenía.

- ¿Qué te ha pasado? No sueles sacar estas notas.
- Nada, realmente no sé qué ha podido ocurrirme.
- Bueno, tienes que apretar más, esto no es digno de ti.
- Lo intentaré, de verdad, no se preocupe.

Así continuó mi día, triste, silencioso y sin mucho trajín. Conforme pasaban las horas iba encontrando más piezas como la de la primera clase, pero las últimas tenían un mayor tamaño y comenzaba a desesperarme, puesto que no sabía de dónde podían provenir.

Una vez en casa, tras el duro día escolar y las clases en el conservatorio, me dispuse a ordenar mi cuarto. Mientras lo hacía, me reflejé ligeramente en el espejo del baño, en ese momento entraba un rayo de luz por la ventana que me iluminaba la cara mejor que cualquier foco podría hacerlo. Observé una cosa extraña en mi rostro, tal vez Antonio tuviera razón y tenía algo raro en él. Me dirigí al baño para observarme mejor y no os creeréis lo que vi, llevaba una máscara que simulaba a la perfección mis facciones. Decidí intentar quitármela para ver si era cierto, y así era, había llevado todo el día una máscara sin darme cuenta, pero lo más increíble no fue eso, sino lo que había debajo. Todas las piezas que había encontrado ese día pertenecían a mi rostro, habían estado

(El puzzle)

cayendo todo el rato. Así no podía dejar que me viesen, por lo que opté por ponerme nuevamente la máscara para que así mis padres, amigos y vecinos no pudiesen descubrir lo que me estaba sucediendo.

La cena de ese día transcurrió como de costumbre.

- ¿Qué tal el día? - preguntó mi madre
- A lo que contesté - Bueno... igual que siempre madre, me han dado la nota del examen de anatomía. He sacado un 9 pero os juro que lo solucionaré, haré trabajos y todas las recuperaciones que pueda para subir la nota.
- Sabes que eso no es suficiente, en esta casa no aceptamos nada menos que la excelencia.
- Tenéis razón, lo siento.
- Vete a tu habitación a estudiar inmediatamente, no queremos que salgas para nada en absoluto, olvídate del móvil, de tus amigos y de todo.

Y, aunque no lo creáis, así fue. Esa noche no dormí, me pasé todas las horas estudiando para mis exámenes siguientes, no quería decepcionar nuevamente a mi profesora, y mucho menos a mis padres.

Continuaron las semanas y mis notas se mantuvieron siempre cercanas al 10, mis padres estaban contentos, me habían devuelto el móvil y me permitían quedar con mis amigas 2 horas a la semana.

Pero no todo fue tan bueno, las piezas continuaban cayendo y la máscara comenzaba a estropearse. No tenía con qué arreglarla y las piezas era imposible volverlas a colocar. Era como si, una vez desprendidas, cambiase su estructura con el fin de evitar volver a ser colocadas.

Esta situación se mantuvo, continué prácticamente sin vida social, lo único que hacía era ir a clase, estudiar, ir al conservatorio y llorar. Sí, llorar. Es un ritmo de vida difícil de mantener y por ello, todas las amistades que tenía me habían dejado de lado, nunca tenía tiempo para ellos. Llegué a un punto en el que ni siquiera tenía tiempo para mí, comencé a llevar la máscara muy estropeada, ya no me quedaban prácticamente piezas en la cara y éstas habían empezado a caer de otros lugares como brazos y piernas. Realmente me estaba descomponiendo.

Por fin llegó el 7 de abril, ese día que ansiabais que os contara. Sin más dilación, os relataré lo que ocurrió.

Me encontraba en mi mesa de estudio, como era habitual. Mi padre entró, probablemente arrastrando preocupaciones de su trabajo, como últimamente ocurría, y comenzó a gritarme que no valía para nada, que no iba a hacer nada con mi vida, que era la peor decisión que había tomado en su vida y que ojalá hubiera obligado a mi madre a abortar cuando pudo, de haber sabido que iba a tener una hija como yo, tan corriente que no es capaz de conseguir más de un 9 ¡intolerable! Antes de que acabara de pronunciar la última letra, las piezas comenzaron a caer, una tras otra, desmontándose y destruyéndose en ese mismo momento. Me reduje a la nada, a un montón de piezas de un puzzle que jamás podría volver a ser encajado, encima de una pila de libros de los que había memorizado cada letra y cada imagen.

Esta es mi historia, ahora escribo desde otra realidad, aquella donde terminan las personas cuyo cuerpo se ha desmontado en miles de piezas de un rompecabezas interminable. Como esta historia hay millones, y espero que mi voz dé voz, al menos, a un par de ellas.